

LA INTERVENCION NORTEAMERICANA EN CUBA Y LA OPINION PUBLICA ANDALUZA

Introducción

Aunque la pérdida de las Antillas tuvo para España mucha menos importancia política y económica que la de las colonias continentales, esta última pasó Prácticamente desapercibida para la mayor parte de la población peninsular, mientras que la primera se vivió intensamente.

Por un lado, las reclutas para la guerra de Cuba fueron constantes, y el pueblo, especialmente las clases menos privilegiadas, la sufrió directamente. Por otro, el fin de la guerra no representó sólo la pérdida de unas cuantas colonias, sino la liquidación colonial, el fin de España como potencia en el concierto internacional.

Todo ello significó, como es lógico, un trauma colectivo. Y lo fue no para políticos e intelectuales exclusivamente, sino también, y lo que es más importante, para un pueblo que había visto morir a sus jóvenes inútilmente. No sólo se había perdido la guerra, sino incluso «el honor».

En relación con este problema, hace algún tiempo inicié un estudio sobre «La Crisis del 98 en la Conciencia Andaluza», con el fin de analizar las reacciones y los sentimientos populares respecto a aquellos sucesos. Uno de estos aspectos, la reacción de la opinión pública ante la intervención de los Estados Unidos, será el que ocupe las siguientes páginas, utilizando, sobre todo, editoriales de la prensa sevillana.

En ese trauma que representó para España la pérdida de sus últimas colonias, jugó un papel esencial, como afirma Raymond Carr, el hecho de que éstas le fueron «arrancadas» por una potencia

extranjera a la que, desde las páginas de los periódicos, se había despreciado antes repetidamente. «La destrucción pública de la imagen de España como potencia, convirtió la derrota en un desastre moral».¹

Y, como es lógico, la intervención norteamericana en el conflicto hispano-cubano fue juzgada implacablemente por la prensa andaluza de la época y por la opinión popular, que asumió, en la mayor parte de los casos, los juicios de aquélla. Los puntos de vista sobre el problema cubano y la actuación del gobierno al respecto son, por supuesto, diferentes según la ideología de cada periódico. Pero hay unanimidad a la hora de considerar el papel desempeñado por los Estados Unidos tanto en la guerra misma como después, a la hora de hacer la paz.

Para realizar este trabajo se han utilizado como fuentes esenciales cuatro periódicos diarios de la Sevilla de aquellos días. Dos de ellos, «El Porvenir» y «El Noticiero Sevillano», los de mayor difusión, son también los que nos ofrecen una mayor información sobre el problema Y, al mismo tiempo, los que pueden considerarse más objetivos, aunque, desde luego, dentro de ciertos límites.

Por el contrario los otros dos, «El Progreso», órgano del partido liberal —en el poder en el momento de la liquidación— y «El Baluarte», diario republicano, pierden con frecuencia la perspectiva real del problema, en sus respectivos intentos por defender o atacar a toda costa la labor del gobierno.

Pero con el examen de todos ellos, con sus aciertos y errores, es evidente que podemos llegar a tener una idea, al menos aproximada, de la visión que los andaluces tuvieron del problema; y, en cierto modo, de su opinión u opiniones al respecto, a través de las diferencias ofrecidas por los distintos periódicos.

I. La política norteamericana en Cuba

Mientras a principios del siglo XIX todas las colonias españolas en el continente americano se independizaban de la metrópoli

¹ Carr, R.: *España 1808-1939*. Barcelona, 1970, pág. 373.

para formar nuevas repúblicas, Cuba, en la que sólo se produjeron algunos intentos independentistas que alcanzaron escaso eco, permanecía en poder de España.

Durante la última parte del siglo XVIII se había experimentado en el territorio una profunda transformación socioeconómica. Sin que se abandonara la ganadería, se incrementó extraordinariamente el cultivo del azúcar y el tabaco, de manera que en los primeros años del siglo XIX tuvo lugar el paso definitivo de una economía predominantemente ganadera a otra de plantación. Se inició así una etapa de prosperidad económica en la isla, que estuvo íntimamente ligada al buen entendimiento entre el hacendado criollo y el comerciante peninsular.²

Por otra parte, el número de esclavos isleños aumentaba a medida que se extendía la economía de plantación. Y el temor a tener que enfrentarse a una sublevación como la que se había producido en Haití, sin ejército para dominarla, contribuyó al mejor entendimiento entre la colonia y su metrópolis.³

Pero esta situación, en apariencia idílica, se vio pronto alterada. Las relaciones comerciales de Cuba con los Estados Unidos, que se habían iniciado en la época de la piratería y el contrabando, fueron adquiriendo cada vez mayor importancia. En 1818, al abrirse oficialmente este tráfico, un numeroso grupo de comerciantes norteamericanos se estableció en Cuba. Y cuando el azúcar cubano comenzó a encontrarse en Europa con la fuerte competencia de la remolacha azucarera, los Estados Unidos se convirtieron, definitivamente, en su principal mercado. España dejó de ser la «metrópoli económica», y los cubanos no tardaron en darse cuenta de que el porvenir de la isla dependía de los intereses estadounidenses.⁴

Por otra parte, en las Cortes españolas se hablaba sobre la posibilidad de la abolición de la esclavitud, y esto era algo que

² Palacio Atard, V.: *La España del siglo XIX. 1808-1898*. Madrid, 1978, pág. 460.

³ Lynch, J.: *Las revoluciones hispano americanas. 1808-1826*. Barcelona, 1976, pág. 30.

⁴ Roig de Leuchsenring, E.: *Cuba y los Estados Unidos. 1805-1898*. La Habana, 1949, pág. 140.

atentaba directamente contra los intereses de los hacendados cubanos.

En 1810, el Ayuntamiento de La Habana ya había indicado, al parecer, que el dominio de España en la isla se terminaría si no se prestaba atención a sus problemas. Pero no fue hasta la década de 1850, cuando comenzó a tomar forma la tendencia anexionista a los Estados Unidos que, además de ser el principal mercado de los productos isleños, mantenía el régimen esclavista. Y en 1867, uno de los comisionados antillanos en Madrid se permitía afirmar, que las soluciones para Cuba «vendrían más de los Estados Unidos que de Madrid», aunque nadie le hiciera mucho caso entonces, y sólo mucho más tarde la prensa se hiciera eco de aquellas palabras.⁵

Por su parte, los Estados Unidos pensaban desde mucho antes en esa anexión. Ya en 1805 Thomas Jefferson había notificado a Inglaterra que, en caso de entrar en conflicto con España, los Estados Unidos ocuparían Cuba por necesidades estratégicas de la Luisiana, que habían comprado en 1803, y de la Florida, que ambicionaban en aquellos momentos.

Posteriormente, en 1819, Norteamérica adquirió efectivamente la Florida,⁶ y desde entonces, su inmediato objetivo en la zona fue la anexión de Cuba, aunque en principio, y, ante el temor de una guerra para la que aún no se encontraba preparada, el asunto se fue dilatando.

De hecho, en 1823 el presidente Adams afirmaba que la anexión de Cuba era esencial para la integridad de los Estados Unidos. Y en 1843 se propuso a España su compra por cincuenta millones de dólares. Esta propuesta no tuvo aceptación en la península y, desde ese momento, los Estados Unidos se convirtieron abiertamente en lugar de asilo para los independentistas cubanos, al tiempo que los anexionistas isleños establecían en Nueva York un Consejo Cubano presidido por Gaspar Betancourt.

En 1854, la oferta norteamericana sobre la compra de Cuba mejoró, alcanzando los 130 millones de dólares. Al igual que había

5 «El Noticiero Sevillano». Crónica política. 5 de agosto de 1898.

6 Palacio Atard, V.: *La España...*, págs. 462-463.

ocurrido años antes esta propuesta fue desoída por las autoridades españolas, adquiriendo cada vez más fuerza entre los dirigentes estadounidenses la idea de apoderarse de Cuba por as armas, idea que, durante algún tiempo, se vio frenada por el temor a una intervención británica.⁷

Pero, al mismo tiempo, fue surgiendo también un partido nacionalista en la isla, formado por blancos y negros contrarios a la corriente anexionista, que fue el que inició la sublevación en 1868 con el llamado Grito de Yares. Y fue también este partido el que comenzó la segunda y definitiva guerra contra España, precisamente para evitar la anexión por parte de los Estados Unidos, que veía cada vez más cercana.

Sin embargo, si los independentistas cubanos no tardaron en darse cuenta de los objetivos estadounidenses, en la metrópoli se tardó algo más de tiempo en tomar conciencia de esta realidad. No obstante, la prensa española, y desde luego la andaluza, se hizo eco de esas intenciones ya antes de que comenzara la guerra.

Con motivo del envío de provisiones a los concentrados cubanos por parte de los Estados Unidos, «El Noticiero Sevillano» ponía en duda en sus editoriales la generosidad norteamericana, «nada común en aquel pueblo, esencialmente práctico e interesado», y hablaba sobre la necesidad de aclarar al público esa aparente caridad que amenazaba con «deslumbrar a los incautos, conquistando un agradecimiento que no merecen». Señalaba además el citado periódico, el hecho de que muchos afirmaban ya que esas limosnas eran una forma de intervención disimulada y encubierta en los asuntos internos de otro país.

Sin querer llegar tan lejos, «El Noticiero» afirmaba, no obstante, que convenía tener presente el hecho de que «cuando los yankees se desprenden de esos mendrugos que envían a Cuba, sus esperanzas tendrán de no perderlos, y de cobrarlos en su día como pan de flor». A su juicio, pensar otra cosa sería suponer en los norteamericanos una inconsecuencia que no existía, y aceptar como

⁷ *Ibidem.*

posible que fueran en contra de su propia doctrina, basada en el famoso principio de «América para los americanos»⁸.

Desde luego, en la prensa sevillana de aquella época existían opiniones muy diversas sobre las intenciones de los Estados Unidos en la zona del Caribe. Ya en el mes de enero de 1898, «El Baluarte» afirmaba que el gobierno norteamericano pretendía, claramente, el enfrentamiento con España, y que el gobierno de Madrid no ignoraba que los Estados Unidos se preparaban para una guerra, tanto más posible, cuanto menos eficaz resultara la autonomía que se acababa de conceder a Cuba. Entre tanto, los Estados Unidos se iban entrometiendo en la política española, y ganando adeptos entre los cubanos para cuando llegara el momento de la intervención directa. El citado diario se llegaba a preguntar, incluso, si la pretendida amistad de los Estados Unidos hacia España, de la que tanto hablaba el gobierno español para desechar los temores de una guerra entre la población y minimizar el problema, no significaría sólo el aplazamiento de la contienda hasta el momento en que los Estados Unidos lo consideraran oportuno.⁹

En ocasiones este mismo periódico contradecía sus propias afirmaciones, y señalaba que una guerra con los Estados Unidos era poco probable, ya que a aquéllos no les interesaba el enfrentamiento directo con España, porque Inglaterra, Francia y Alemania podían tomar represalias, o porque preferían esperar a que los cubanos terminaran de hacerla por ellos.¹⁰

Pero, en general, «El Baluarte» acusaba al gobierno desde sus páginas de permanecer ciego ante las intenciones norteamericanas, y resaltaba constantemente la necesidad de informar de ellas al pueblo español. Lo contrario sería, a su juicio, «pueril y peligroso». Y, aunque este diario en principio no se mostraba partidario del enfrentamiento, indicaba que, ante los claros preparativos bélicos que hacían los Estados Unidos, España no tenía más remedio que prepararse para la guerra.¹¹

8 «El Noticiero Sevillano». Editorial de 11 de enero de 1898.

9 «El Baluarte». Editorial de 14 de enero de 1898.

10 *Ibidem*. Editoriales de 17 de febrero y 18 de marzo de 1898.

11 *Ibidem*. Editoriales de 23 y 25 de febrero y 11 de marzo de 1898.

Por el contrario el órgano del Partido liberal, «El Progreso», protestaba continuamente contra las insinuaciones de los otros periódicos sobre los supuestos propósitos de los norteamericanos y la actitud del gobierno español al respecto. Acusaba de falsedad a las publicaciones que se hacían eco de semejantes ideas, afirmando que los Estados Unidos eran sólo un país de pacíficos comerciantes que no querían verse envuelto en guerras y que, por otra parte, a pesar de no existir motivos para el excesivo pesimismo que reflejaban las páginas de determinados diarios, el gobierno de Madrid no permanecía impasible e ignoraba la posibilidad de un enfrentamiento, tomando las medidas adecuadas al caso.

A menudo este Periódico quitaba importancia a los preparativos bélicos norteamericanos, pretextando que ni aquel país ni su presidente querían la guerra, y que esos preparativos de que tanto se hablaba, eran sólo concesiones del gobierno para mantener tranquilos a los exaltados que pedían la guerra, pero sin intención de llegar a ella. Citaba incluso como un acto positivo del asunto, el hecho de que las Cámaras americanas rechazaran una moción presentada ante ella, favorable al reconocimiento de la beligerancia cubana.¹²

Es probable, que tanto la postura de «El Baluarte» como la de «El Progreso» se basaran más en sus respectivas intenciones de atacar o defender al gobierno español, que en la realidad de los hechos. Pero lo cierto es que fueron las apreciaciones del primero de estos dos diarios las que prevalecieron a la larga.

«El Progreso» no tuvo más remedio que cambiar pronto de opinión. La concesión por parte de las Cámaras norteamericanas de un crédito de cincuenta millones de dólares a su gobierno para obras de defensa, teniendo en cuenta además los preparativos bélicos que se habían hecho con anterioridad, hizo que la impresión de este diario sobre el problema se fuera haciendo pesimista.¹³

También su opositor, «El Baluarte», se hizo eco de este crédito destinado a la compra de material de guerra, al tiempo que

12 «El Progreso». Editoriales de 30 de enero, 8, 9, 22, 23 y 26 de febrero de 1898.

13 *Ibidem*. Editorial de 11 de marzo de 1898.

acusaba al gabinete de Madrid de permanecer inactivo, «viéndolas venir». ¹⁴ Y en esto ya no estaba de acuerdo «El Progreso», que respondía al diario rival haciendo hincapié en la necesidad de no dar publicidad a los preparativos españoles. Y en su empeño por tranquilizar a la opinión pública volvía a su anterior posición, afirmando que si a España no le interesaba la guerra, a los Estados Unidos tampoco. Según este periódico, si todos los que hablaban de la mala fe del gobierno norteamericano estaban de acuerdo en que éste venía dejando madurar la fruta desde hacía tantos años, «¿para qué han de echarla al suelo a palos?».¹⁵

Más ecuánime que estos dos diarios, «El Noticiero Sevillano» recogía por esos mismos días las conferencias pronunciadas por el señor Labra en el Ateneo de Sevilla sobre la política exterior de los Estados Unidos. A juicio del citado conferenciante se habían dado tres fases en la política exterior norteamericana. La primera, representada por el presidente Monroe, se reducía a protestar contra cualquier intervención europea en el Nuevo Mundo. La segunda, encarnada por el presidente Polk, estaba dirigida a la exclusión de los europeos de América y a establecer el derecho de los Estados Unidos a adquirir nuevos territorios en el continente americano. Por último la tercera, representada por Cleveland y McKinley, vigente en aquellos momentos, estaba encaminada a establecer el derecho norteamericano a intervenir en algunas cuestiones y diferencias de las demás naciones americanas con las europeas, y a constituir la unión de las tres Américas bajo la inspiración, y aun la tutela, del gobierno de Washington, en beneficio de la industria y el comercio norteamericanos, y en oposición a todos los intereses políticos y económicos de Europa.¹⁶

Y este acertado juicio de la realidad de aquellos momentos, dada la mayor difusión de «El Noticiero Sevillano» respecto a «El Baluarte» y a «El Progreso», debió llegar a un grupo más numeroso de la población sevillana que, lógicamente, tuvo que comenzar a

14 «El Baluarte», editorial de 12 de marzo de 1898.

15 «El Progreso», 15 y 17 de marzo de 1898.

16 «El Noticiero Sevillano». 19 de marzo de 1898.

tomar conciencia de la verdadera situación del problema y de la inminente guerra.

Por otro lado, y al igual que hacía «El Baluarte», también «El Noticiero Sevillano» recelaba de los socorros enviados por los Estados Unidos a los concentrados cubanos, repitiendo la «limosna de socorro con una filantropía que si, en otros sería sospechosa, en ellos es manifiesta como falsa e hipócrita». A su juicio, lo único que los norteamericanos pretendían con estos socorros, era contar en el futuro con la cooperación de una serie de estómagos agradecidos que facilitarían sus propósitos. Y prueba de ello era que, en contra del sentimiento humanitario de que alardeaban, eran los Estados Unidos los que habían proporcionado a los rebeldes «la dinamita y las balas que tanta sangre habían costado en Cuba», para conseguir la inestabilidad del territorio y tener así un pretexto para intervenir directamente.

Para este periódico, las intenciones norteamericanas aparecían claras desde el principio, y no comprendía cómo los rebeldes no habían reaccionado contra ellas buscando la paz con España. Entre ser ciudadanos de una colonia autónoma sin otra soberanía que la nominal de España y la simple anexión a los Estados Unidos, no podía, según él, haber duda en la elección. Cuba ya se había perdido para la industria y el comercio peninsular. En el aspecto administrativo sólo podía ser gobernada desde la concesión de la autonomía por los propios isleños. Y si los rebeldes llegaban a ver esto con objetividad, no tendrían más opción, a su juicio, que deponer inmediatamente las armas.¹⁷

En cierto modo, el comentarista político de este diario tenía razón. Aunque, en ocasiones, él mismo no se diera cuenta de los verdaderos propósitos del gobierno estadounidense, como tampoco se la dieron los redactores de otros periódicos, e incluso los mismos congresistas norteamericanos engañados por su presidente, la anexión era el objetivo del primer mandatario de los Estados Unidos. De ahí que, al hacerse eco de la votación del Senado norteamericano a favor de la independencia cubana, los periódicos afir-

¹⁷ *Ibíd.* 30 de marzo y 17 de abril de 1898.

maban que aquélla era sólo «la sentencia de los sindicatos azucareros, la oficina de los empréstitos filibusteros, y el mercado en el cual se compran y venden las conciencias».¹⁸

La indignación contra la decisión de las Cámaras fue general en España. Pero, por el contrario, cuando McKinley anunció públicamente que no reconocería la independencia de Cuba, y ni siquiera el estado de beligerancia, antes de negociar con España, y aunque en aquellos momentos había solicitado a su Parlamento autorización para intervenir en la isla, la actitud de la prensa sevillana fue favorable en general.¹⁹ En ningún momento fue consciente de que el verdadero propósito de McKinley no era la independencia de Cuba, sino lisa y llanamente la ocupación. Y para ello tenía que hacer caso omiso de las pretensiones de los congresistas de reconocer la beligerancia cubana, mientras daba largas al asunto afirmando que no haría suyas las resoluciones de las Cámaras hasta no tener respuesta al ultimátum que pensaba dirigir a España sobre el asunto.²⁰

Era cierto que, como afirmaban algunos, gran parte del pueblo norteamericano era favorable a la independencia de Cuba. Pero también lo era que su ejecutivo deseaba la anexión, aunque con su negativa a aceptar las peticiones de los congresistas y senadores hiciera creer a muchos que no estaba dispuesto a enfrentarse a una guerra.

Gracias a estas maniobras, la prensa andaluza tardó bastante tiempo en percatarse de la dimensión real del problema, aunque, como afirmaba más tarde Emilio Castelar desde las páginas de «El Porvenir», las causas de la intervención norteamericana en el conflicto hispano cubano estaban claras desde mucho antes. Importantes capitales estadounidenses estaban invertidos en Cuba —unos doscientos millones de dólares—, mientras que el tráfico comercial entre ambos países no bajaba de cuatrocientos millones de dólares anuales. Y fue también Castelar uno de los primeros que dio la alarma sobre los inicios del imperialismo norteamericano, y del

18 *Ibíd.* 19 de abril de 1898.

19 *Vid.* al respecto los periódicos sevillanos de mediados de marzo de 1898.

20 «El Noticiero Sevillano». 20 de abril de 1898.

peligro que ese imperialismo representaba para el resto del mundo. A su juicio, si cada estado tuviera que intervenir allí donde sus ciudadanos tenían negocios, «se perdería la independencia nacional de todos los pueblos, y al principio de no intervención subseguirían las intrusiones de unos gobiernos en otros gobiernos, trayendo el despotismo y la ruina universales».²¹

No obstante, incluso después de haberse consumado la intervención militar, la prensa sevillana no fue consciente aún durante algún tiempo de los verdaderos propósitos del presidente McKinley. Pensaba que, efectivamente, la intervención tenía móviles económicos y no humanitarios como se pretendía. Pero que su verdadero objetivo era la pacificación del territorio para que los negocios con los Estados Unidos pudieran continuar con normalidad.

Pese a las advertencias que de vez en cuando aparecían en la prensa sobre los peligros del intervencionismo, las verdaderas intenciones del gobierno norteamericano no fueron evidentes para la opinión pública sevillana hasta el mes de julio de 1898. Hasta entonces todo era mera suposición. Sin embargo, la realidad no tardó en aparecer ante sus ojos. Por aquellos días «El Porvenir» publicó unas declaraciones de Whitelaw Reid, propietario de «The New York Tribune» y ex embajador de los Estados Unidos en París. En ellas afirmaba que los Estados Unidos llevaban tres cuartos de siglo planteándose el problema cubano por la magnitud de sus intereses en el territorio; y que si España era incapaz de gobernar la isla de manera que la vida económica transcurriera con normalidad, debía ser gobernada por los propios cubanos o por los Estados Unidos. Según sus manifestaciones, a pesar de los desórdenes que continuamente se producían en la isla, sólo cuando la situación se había deteriorado hasta hacerse insostenible se habían decidido a intervenir, por su «posición histórica» y «porque lo reclamaban los intereses de la civilización y la humanidad». Y, haciéndose eco de los proyectos de McKinley, terminaba diciendo que aunque los Estados Unidos no pretendían en principio la anexión de Cuba, y en el momento de la declaración de guerra el

²¹ Artículo de Emilio Castelar publicado en «El Porvenir», el 23 de junio de 1898.

Congreso había ratificado sus intenciones de que se abandonara el territorio después de su liberación, las cosas habían cambiado sustancialmente desde entonces. Y reconociendo públicamente por primera vez los verdaderos proyectos norteamericanos, afirmaba que después de intervenir militarmente en la isla para dotarla de un gobierno mejor, los Estados Unidos se consideraban responsables ante el mundo del carácter de ese gobierno. De esta manera, si los insurrectos no conseguían formar un gobierno estable, continuaría la responsabilidad norteamericana sobre el territorio.²²

Después de esto, la prensa sevillana no podía tener más dudas sobre los objetivos de McKinley, abriendo definitivamente los ojos a la tremenda realidad de los comienzos del imperialismo norteamericano. A los tres días de la publicación de estas declaraciones, el diario «El Porvenir» titulaba su editorial «¿Europa para los norteamericanos?». En él hacía un recuento de los intentos estadounidenses para comprar la isla Graciosa, en las Canarias, e informaba de los proyectos de aquel país de hacerse con una base de operaciones en el Mediterráneo, con el fin de controlar al Viejo Mundo.

El mismo diario manifestaba poco después, que si los Estados Unidos tenían perfecto derecho a anexionarse Cuba, Puerto Rico, e incluso las Filipinas, lo tendrían también, en virtud de la misma doctrina jurídica, a anexionarse el resto de América.

Consciente ya de que la guerra con España no era sino el primer acto de la política exterior inaugurada por el presidente McKinley, afirmaba el diario que esta intervención «conducirá a otras intervenciones». Y terminaba señalando «El Porvenir» certeramente, que esta política era inevitable como resultado de la situación económica norteamericana, cuyas exigencias no podía satisfacer el gobierno si no era procurando la apertura de nuevos mercados privilegiados, lo que sólo podría conseguirse ensanchando por anexiones sucesivas el mercado interno, «en el que los productos yankees estén protegidos contra toda competencia extraña».²³

²² «El Porvenir», 4 de julio de 1898.

²³ *Ibíd.* Editoriales de 7 y 29 de agosto y 10 de octubre de 1898.

Efectivamente, a partir de 1870 el papel hegemónico del capital británico en la América Latina comienza a ser disputado por el de otros países, esencialmente por el alemán y el norteamericano. Después de la guerra de secesión, los Estados Unidos iniciaron una etapa de expansión económica que hacía necesaria la búsqueda de nuevos mercados, tanto para sus productos, como para el excedente de capital originado por el desarrollo industrial. Y aunque esta necesidad no los llevó siempre a la anexión de nuevos territorios, sí los condujo a la intervención más o menos directa en determinados países, para sacarlos de la esfera económica europea.

Y en la orientación de la opinión pública norteamericana hacia esa política intervencionista y anexionista jugaron un papel esencial, como reconocen los periódicos sevillanos, sus colegas estadounidenses. «El Porvenir», entre otros, se hacía eco del poder de la prensa sobre la opinión pública de los Estados Unidos y del importante rol jugado por determinadas publicaciones en la orientación de esa opinión hacia el anexionismo. Reflejando en sus páginas una carta del corresponsal de «Le Temps» de París en Norteamérica, «El Porvenir» dejaba constancia ante sus lectores de que, si bien la mayor parte del partido demócrata y un número importante de republicanos estaban a favor de la independencia de Cuba y no de la anexión, los imperialistas contaban no sólo con la mayoría de los republicanos, sino también «con esa masa confusa, impresionable y chillona de los eternos patriotas, que aman a su país de manera hartamente pueril y vanidosa». Y, a su juicio, esa masa había sido movilizada, como efectivamente lo fue, por los periódicos partidarios de la anexión.

«The Sun» y «The Morning Journal» por ejemplo, llamaban «partido nacional y americano» al de los anexionistas, y de los «little americans» al de los antianexionistas.²⁴ Para nadie es desconocido el papel jugado por el director de «El Journal», Randolph Hearst, en la orientación de la opinión popular norteamericana primero hacia la intervención armada en Cuba, y luego a la anexión. Y la prensa española mostró a su vez a sus lectores ese papel, seña-

²⁴ *Ibidem*. 15 de agosto de 1898.

lando que aunque la mayor parte de las publicaciones serias se mostraban contrarias a la anexión de la isla, la fuerza y la publicidad realizada por esos otros periódicos como los aquí citados, desviaban la opinión pública hacia lo que McKinley se había propuesto desde el principio y el pueblo español había tardado tanto en ver: la anexión de Cuba.

II. La guerra

Aunque la prensa española no solía emplear en esa época las tácticas de la llamada prensa amarilla norteamericana, es de suponer que sus apreciaciones tuvieran también gran influencia sobre la opinión pública del país. En este sentido, es lógico pensar que las ideas expresadas por los diarios sevillanos tuvieran su correspondiente eco entre la población. La imagen que ésta tuvo de la intervención estadounidense en la guerra hispano cubana, fue la que obtuvo de las páginas de los periódicos.

El único medio que tuvieron los sevillanos de la época para informarse de los sucesos ultramarinos fue la prensa. Y del mismo modo que a través de los periódicos fueron teniendo noticias de las intenciones norteamericanas, y, al igual que había ocurrido en los Estados Unidos, también aquí la prensa, como afirma Palacio Atard, o al menos gran parte de ella, «alentó de forma irresponsable la respuesta belicista popular al desafío norteamericano».²⁵

Aunque antes se habían producido algunos problemas entre ambos países por el apoyo que los insurrectos cubanos encontraban en los Estados Unidos, fue cuando se inició por parte de estos últimos el envío de socorros a los concentrados cuando la situación comenzó a hacerse más violenta. La mayor parte de la prensa, y es de suponer que también el gobierno aunque éste no lo hiciera público, consideraba que ese envío de socorros a Cuba representaba una intervención directa de un país extranjero en los asuntos internos españoles.

²⁵ Palacio Atard, V.: *La España...*, pág. 557.

En general, la prensa sevillana se mostraba partidaria de evitar en lo posible el enfrentamiento bélico con los Estados Unidos. Pero, por supuesto, dentro de ciertos límites y con las naturales discrepancias. Algunos periódicos aconsejaban extremar la actitud pacífica frente a las provocaciones; pero advirtiendo al mismo tiempo al gabinete norteamericano, que si era peligroso jugar con los sentimientos de una persona, lo era mucho más hacerlo con «el corazón de un pueblo», y que los españoles habían tolerado 'ya a los Estados Unidos todo lo que se podía tolerar, de manera que no era conveniente tensar demasiado la cuerda del arco, para no correr el riesgo de que saltara «al rostro del arquero».²⁶

Otros afirmaban que, pese a ser partidarios de la paz, consideraban que el país no podía seguir humillándose ante los Estados Unidos y «abdicar en una vergonzosa derrota sin combatir», llegando en su ceguera a proponer un desembarco español en las costas norteamericanas. A juicio de estos diarios, la paz, «comprada al precio que la compra España, es peor, mil veces peor que la guerra, porque nos arruina sin piedad y nos hace pasar todo género de humillaciones» ante unos ejércitos mercenarios, como según ellos serían los norteamericanos, que «han sido siempre vencidos».²⁷

En definitiva, la prensa sevillana en los primeros meses de 1898 lanzaba en sus páginas la idea de que, siendo lamentable la guerra, era preferible a sufrir más desprecios de los norteamericanos, destacando además que España podía vencer en esa posible guerra a pesar de la escasez de sus recursos económicos, al enfrentar un ejército de patriotas a otro de mercenarios sin dignidad ni preparación. Sólo uno de los periodistas del diario republicano «El Baluarte», que no firmaba sus crónicas, se mostraba totalmente contrario a la guerra y pesimista ante su resultado. Acusaba de inconsecuencia a los que hablaban de la insensibilidad de España engañando con ello al pueblo, y consideraba que los mayores enemigos del país eran aquellos que trataban de llevarlo a un conflicto

²⁶ «El Noticiero Sevillano». 10 y 17 de febrero de 1898.

²⁷ Editoriales de «El Noticiero Sevillano» y «El Baluarte» de 10 y 17 de febrero y 11 de marzo de 1898.

bélico, «poniéndole ante los ojos pasajeras y tal vez mentidas glorias», y ocultándole el triste estado de la nación.²⁸

No obstante, la opinión más generalizada en aquellos momentos en el país era que no habría guerra, pese a que la presencia de un navío norteamericano en el puerto de La Habana había agudizado la tensión existente entre ambos países. Casi todos los periódicos sevillanos se habían hecho eco de la llegada de ese buque, el «Maine», con cierta desconfianza. Aunque, en teoría, la presencia del «Maine» en La Habana respondía a una visita de cortesía, y pese a las seguridades de amistad que daban los Estados Unidos ante el gobierno de Madrid, «El Noticiero Sevillano» afirmaba que esa presencia despertaba muchas inquietudes entre la población cubana y peninsular. A su juicio, cuando tan ansiosos estaban los insurrectos de que se produjeran ciertos desórdenes populares que justificaran la intervención armada norteamericana, era inevitable que mucha gente atribuyera «intenciones determinadas a la presencia del «Maine», como sería la búsqueda de un pretexto que produjera «algún motín en La Habana, o incluso alguna agresión». En el mismo sentido se pronunciaba «El Baluarte», preguntándose reiteradamente en qué terminarían aquellas visitas de cortesía. Incluso el portavoz del partido liberal en Sevilla, «El Progreso», manifestaba su inquietud al respecto. No obstante, este último diario aconsejaba, al mismo tiempo que mostraba esa inquietud, abandonar tanta suspicacia y creer «en la sinceridad de las protestas amistosas del gobierno americano», mostrándose algo más optimista que los demás.²⁹

Y, efectivamente, como todos sabemos, la presencia del «Maine» en La Habana terminó mal. Durante la primera quincena de febrero la situación parecía, hasta cierto punto, normalizada y, como ya se ha dicho antes, la idea más generalizada era que no llegaría a producirse la guerra entre los Estados Unidos y España. Pero el día quince de ese mes, el «Maine» sufrió una explosión dentro del puerto de La Habana que ocasionó numerosas víctimas

²⁸ «El Baluarte», 23 y 28 de febrero de 1898.

²⁹ «El Noticiero Sevillano», 27 de enero de 1898; «El Baluarte», 28 del mismo mes y año, y «El Progreso», 28 de enero y 7 de febrero de 1898.

entre la tripulación, y determinados periódicos y políticos norteamericanos no tardaron en propagar a los cuatro vientos, su convencimiento de que la explosión se había debido a un atentado español.

Con ello, la opinión pública española, y en concreto la sevillana, respecto a las posibilidades de un enfrentamiento bélico con los Estados Unidos empezó a cambiar. «El Noticiero Sevillano» llamaba al país a la tranquilidad y a no dejarse llevar por la indignación que tales afirmaciones sobre la culpabilidad de España pudieran producir. El gobierno norteamericano no se había pronunciado en principio sobre esa posibilidad y, a su juicio, era dudoso que utilizara el pretexto del «Maine» para romper las hostilidades con España. La prensa sensacionalista americana, y especialmente el «Morning Journal», había lanzado una verdadera campaña destinada a «inflamar el país contra los españoles, influyendo en los ánimos para que se admita la versión de que el siniestro fue debido a una traición española». Pero, frente a ellos, los que «El Noticiero» consideraba periódicos más sensatos, los técnicos, y la mayor parte de los cargos oficiales, atribuían el siniestro a un accidente, por lo que, a juicio de este diario, no había motivos suficientes para pensar que el suceso desencadenaría una guerra hispano-norteamericana.³⁰

Los otros periódicos sevillanos en cambio, protestaron airadamente contra esa campaña de difamación, que consideraban parte de un premeditado plan de los norteamericanos, destinado a proporcionar al gobierno de Washington un pretexto para declarar la guerra a España. «El Progreso» llegaba a afirmar, incluso, que la voladura del «Maine» se había debido en realidad a un atentado, «éste es de los insurrectos o de los jingoes, deseosos de la intervención norteamericana en el conflicto».³¹

Y, a pesar de la llamada a la tranquilidad por parte de algunas publicaciones como «El Noticiero Sevillano», la inquietud ante la posibilidad de una guerra hispano norteamericana se acentuó, cuan-

30 «El Noticiero Sevillano», 19 de febrero de 1898.

31 «El Progreso» y «El Baluarte». Editoriales de 20 y 21 de febrero de 1898.

do el ejecutivo de los Estados Unidos presentó para discutir en las Cámaras la cuestión del «Maine», y una serie de memorias de sus agentes consulares en Cuba sobre la situación de aquella isla.

Desde luego existían suficientes motivos para preocuparse, sobre todo si tenemos en cuenta que los norteamericanos se negaron a la formación de una comisión mixta hispano-norteamericana para estudiar el asunto del «Maine». En las páginas de los diarios sevillanos se hablaba claramente de la existencia de un plan de ciertos sectores de la sociedad de Norteamérica para llegar a la guerra con España. Incluso se llegó a afirmar, que habían pretendido volar los restos del «Maine» antes de que terminara la investigación sobre el suceso y que, ante el fracaso de este proyecto, se excitaba a las Cámaras para que conminaran al gobierno español a dejar Cuba, «para provocar la reacción del pueblo español al ver atacada su dignidad».³²

Dando la razón a los que hablaban de la existencia de una conspiración, los dictámenes de las comisiones norteamericana y española sobre la voladura del «Maine» resultaron muy diferentes. Mientras los expertos españoles achacaron la explosión a un accidente interno, a la explosión de un torpedo, los norteamericanos la achacaron a causas externas, ofendiendo con ello, como había predicho «El Baluarte», la «dignidad nacional». Los diarios que en los días anteriores se habían mostrado más prudentes y comedidos como «El Noticiero», afirmaban ahora que había que afrontar de una vez por todas los hechos y no aguantar más humillaciones, «probando que si mucho hemos sacrificado en holocausto de la paz, no hemos quemado en sus altares el temple ni el nervio de nuestra raza»³³

Hoy sabemos que efectivamente el «Maine» no fue volado por los españoles y, como es lógico, también tenían que saberlo en aquellos momentos los expertos norteamericanos. El hecho de que su informe fuera desfavorable a España, pone en evidencia que el gobierno norteamericano pretendía tener con ello un pretexto,

32 «El Progreso». 25 y 27 de marzo de 1898.

33 «El Noticiero Sevillano». 28 de marzo de 1898.

si no para declarar la guerra, sí al menos para exaltar los ánimos entre la población de los Estados Unidos, de manera que se creara en el país un ambiente favorable para cuando se produjera el enfrentamiento.³⁴

Por su parte, un importante sector de la prensa española excitaba también los ánimos populares hacia la guerra, con el pretexto de no sufrir más atentados contra la dignidad nacional como el que, a su juicio, representaba el informe norteamericano sobre la catástrofe del «Maine». Algunos diarios, ante la disparidad entre los informes de ambos países, y ante la posibilidad de que el asunto se sometiera a un arbitraje internacional, afirmaban que era preferible la guerra a la humillación que supondría semejante arbitraje. Su indignación los llevaba incluso a afirmar, que había una forma muy sencilla de acabar con los temores de guerra con los Estados Unidos. Este remedio consistiría, simplemente, en dar un duro golpe a la insurrección y en comprar barcos y armas para atemorizar a Norteamérica. Pero estas publicaciones olvidaban un detalle esencial, que esto sólo podría hacerlo un país con abundantes recursos económicos. Y ése, desde luego, no era el caso de España.³⁵

Frente a ello, otros periódicos aconsejaban no perder la serenidad, «dar la vida cuando sea menester, pero la prudencia y la serenidad en todo momento». «El Noticiero Sevillano» afirmaba, volviendo a la normalidad después de los primeros momentos de indignación, y buscando siempre ser ponderado y juicioso, que para enardecer el ánimo popular y prepararlo para una guerra siempre habría tiempo, y que «la explosión patriótica» se produciría además de forma inmediata cuando hubiera un motivo real, y no meras conjeturas, sin necesidad de que nadie echara leña al fuego. Pero que, entre tanto, el mayor servicio que la prensa podía prestar al país era «contener naturales arrebatos», para no arrastrarlo sin más a una guerra capaz de llevarlo al desastre.³⁶

34 Vid. al respecto Foner, P. S.: *La guerra hispano-cubana-norteamericana y el nacimiento del imperialismo norteamericano*, tomo I, págs. 300 a 304.

35 Editoriales del «Noticiero Sevillano» y «El Baluarte» de 24 y 26 de marzo de 1898, sobre los comentarios de la prensa en aquellos días.

36 «El Noticiero Sevillano», 25 de marzo de 1898.

Sin embargo, no parece que muchos siguieran sus consejos, y a principios de marzo el pueblo era ya plenamente consciente de que iba a enfrentarse a una guerra con una nación extranjera, que había pretendido humillar a su país repetidamente. Un sector de la opinión pública pensaba que el enfrentamiento bélico no llegaría a producirse, porque las potencias europeas intervendrían a favor de España antes de que llegara; pero eran pocos los que confiaban en esa posibilidad. «El Noticiero Sevillano» señalaba, por ejemplo, al respecto, que la intervención de las potencias europeas, que efectivamente se estaba produciendo, podía haber resultado útil antes de que McKinley pronunciara su mensaje ante las Cámaras a finales del año anterior. Pero que en aquellos momentos esta intervención parecía sólo una ingerencia, sobre todo cuando lo que al parecer estaban pidiendo al gobierno español era, lisa y llanamente, la concesión de un armisticio a los rebeldes.³⁷

Pese a estas opiniones, las negociaciones iniciadas por las potencias europeas marcaron un compás de espera en el conflicto. Los representantes de los gobiernos de Inglaterra, Francia, Alemania, Rusia, Austria e Italia, se ofrecieron a los Estados Unidos como mediadores en su contencioso con España, a la que solicitaron, tal y como exigía el gobierno norteamericano, la concesión de un armisticio a los rebeldes bajo la garantía de las potencias. El gobierno español, consciente de su debilidad y, por lo tanto, rehuyendo en lo posible el enfrentamiento bélico, concedió efectivamente el armisticio, ante la oposición general de la prensa.

«El Baluarte» tituló *Oprobio* su editorial al respecto. Y en él señalaba que, sin querer por supuesto la guerra, todo el país la prefería antes que un armisticio concedido a los insurrectos a causa de las presiones extranjeras. Por su parte «El Noticiero Sevillano» señalaba, que las manifestaciones del sentimiento nacional parecían entonces «resueltas a defender con más esfuerzo que nunca el derecho y dignidad de la patria». Afirmaba que este sentimiento era general, y que en aquellos instantes había un consenso pleno entre la opinión del pueblo y la del rey al respecto, entre la Corona y el

³⁷ «El Baluarte», 18 y 21 de marzo de 1898, y «El Noticiero Sevillano», 11 de abril del mismo año.

país, y que, en virtud de ello, «ni la independencia de Cuba, ni la intervención en nuestros asuntos, ni la venta del territorio, ni más de lo decretado y concedido hemos de hacer nosotros ni haremos nunca».³⁸

Estos periódicos acusaban de debilidad a un gobierno que no había querido en principio acceder a la concesión de un armisticio, si no lo pedían los propios insurrectos, y que, sin embargo, lo había otorgado sin que hubiera petición por parte de los rebeldes, exclusivamente por presiones externas. Y manifestaban además a la opinión pública, que a pesar de todas esas humillantes concesiones el gobierno no había logrado, como pretendía, suavizar con ello la situación.³⁹ Se suponía que el armisticio era sólo el primer paso para el inicio de una serie de conversaciones entre España y los Estados Unidos, con la mediación de las potencias europeas. Pero lo cierto es que cuando España accedió a concederlo, el nueve de abril, McKinley ya tenía preparado un mensaje para leer ante las Cámaras norteamericanas, en el que solicitaba autorización para intervenir directamente en Cuba. Y dos días después de aquella concesión, el presidente norteamericano se dirigía al Congreso en términos parecidos a los de su discurso de diciembre de 1897, que tanta indignación había producido en la prensa andaluza. Pedía plenos poderes para intervenir militarmente en Cuba, invocando ante los congresistas deberes humanitarios. La cuestión en principio no parecía fácil. Ya en el mes de marzo McKinley había propuesto a varios senadores norteamericanos la posible compra de Cuba a España, no para los cubanos, sino para anexionarla a los Estados Unidos. Pero su propuesta no había tenido éxito. En principio, la mayoría de los representantes de ambas Cámaras eran partidarios de colaborar en la independencia cubana, pero no de una anexión.

No obstante, McKinley no estaba dispuesto a consentir la independencia de Cuba. Y, a su juicio, estaba claro que si la intervención de los Estados Unidos en la guerra se demoraba, los cubanos podrían obtenerla derrotando a los españoles. El presidente norteamericano necesitaba con urgencia la intervención, y la pidió.

³⁸ *Ibidem*. Editoriales de 6 de abril y 2 y 7 de abril respectivamente, de 1898.

³⁹ «El Noticiero Sevillano», 13 de abril de 1898.

Pretendía que frente a las resoluciones anteriores de las Cámaras, se aprobara sólo la intervención militar, dejando a un lado el problema de la independencia, e incluso el del reconocimiento de la beligerancia cubana, que podía llevarlo a compromisos que no pensaba cumplir. El Congreso, dominado por sus partidarios, aprobó la resolución; pero no ocurrió lo mismo en el Senado, que sólo autorizaba la intervención militar con el objeto de arrojar a los españoles de la isla.⁴⁰

Y, gracias a ello, a las dificultades existentes para que el Congreso y el Senado norteamericanos llegaran a una resolución conjunta sobre el problema, la guerra se retrasó todavía unos días. Pero en España, el simple conocimiento de la petición de McKinley fue suficiente para provocar, con el apoyo y el aliento de los periódicos, una «fuerte reacción patriótica». El día 13 del mismo mes se celebró ya en Sevilla la primera «función patriótica» en el teatro del Duque, con el fin de recoger fondos para la guerra.⁴¹ Y cuando el 20 de ese mismo mes, el presidente norteamericano firmó la resolución conjunta del Congreso y el Senado por la que se le autorizaba a intervenir en la guerra hispano cubana, silenciándose, como él quería, el reconocimiento de la independencia y de la beligerancia de Cuba, España rompió ya sus relaciones diplomáticas con los Estados Unidos.

Pero esto no pareció suficiente a la prensa andaluza. La actitud del gobierno español fue considerada como una cobardía por la mayor parte de los periódicos, que opinaban que era «preferible cien veces la guerra, que sufrir las imposiciones indignas de un pueblo de dudosa procedencia, y por lo tanto sin historia, que trata de arrollarnos por el derecho del más fuerte».⁴²

Entre tanto McKinley ordenaba el bloqueo de Cuba, y el gabinete de Madrid se vio ya irremediadamente obligado a declarar formalmente el 24 de abril, la guerra que tanto había tratado de evitar. En España, y concretamente en Sevilla, continuaban las llamadas funciones patrióticas. El día 21 tuvo lugar una en el teatro

40 Foner, P. S.: *La guerra...*, tomo I, págs. 290-340.

41 «El Baluarte», 14 de abril de 1898.

42 «El Progreso», 21 de abril de 1898.

San Fernando, y a continuación se produjo una importante manifestación en apoyo del gobierno ante la ruptura de relaciones diplomáticas. Y ahora que la suerte parecía echada, la mayor parte de los periódicos se dedicó a exaltar los ánimos de sus lectores, llamando al pueblo a demostrar el tradicional heroísmo de los españoles frente a los mercenarios yanquis. Para ello llegaban incluso a menospreciar en sus páginas al ejército norteamericano, en su intento por hacer creer a la población que los Estados Unidos no estaban preparados para una guerra semejante, cuando lo cierto era, tal y como señalaba otro sector de la prensa al parecer minoritario, que el enemigo era fuerte y con enormes recursos económicos.⁴³

Eran mayoría los diarios que hablaban de la supuesta escasez de marinería y municiones para los navíos estadounidenses, y de la falta de preparación de aquel ejército. Despreciaban el bloqueo naval que los Estados Unidos habían impuesto a Cuba por considerarlo ineficaz, y afirmaban que a éstos no les resultaría nada fácil ganar la guerra, a pesar de sus grandes y anunciados proyectos de destinar cinco escuadras a la lucha, una contra las Filipinas, otra contra Cuba, una tercera contra Puerto Rico, otra contra la península, y la última contra las Canarias.⁴⁴

Pero la decepción llegó pronto. A principios de mayo la escuadra española de las Filipinas fue hundida en la bahía de Manila por la del almirante Dewey y los norteamericanos ocuparon Cavite, a la entrada de aquélla. Con ello, la casi unanimidad que parecía existir entre la prensa a favor de la guerra pocos días antes se quebró. Hasta entonces, el único personaje público que había declarado abiertamente la necesidad de llegar a la paz era el republicano Pi y Margall. Pero, según «El Noticiero Sevillano», existía en realidad mucha gente partidaria de la paz inmediata, aunque había tenido miedo a decirlo por temor a ser tachada de antipatriota.

Dos puntos avalaban en aquellos momentos este criterio pacifista. El primero era que sobre los deberes patrióticos estaban los

43 Vid. al respecto «El Noticiero Sevillano» de 20 y 22 de abril de 1898 y «El Baluarte» de 22 del mismo mes y año.

44 «El Progreso», 28 y 30 de abril de 1898.

humanitarios; y éstos, según Pi y Margall, exigían la independencia de Cuba si los cubanos así lo querían. El segundo y más generalizado era que entonces, apenas iniciada la guerra con los Estados Unidos, se podrían salvar para España Cuba y las Filipinas. Los Estados Unidos, como todos estaban comprobando, eran un país fuerte y con enormes recursos económicos. Por el contrario España era débil y, además, pobre, por lo que si la guerra continuaba lo más probable, a juicio de los pacifistas, era que los Estados Unidos acabaran apropiándose de los últimos vestigios del imperio colonial 'español'.⁴⁵

Y al conocerse el desastre de Cavite esas opiniones ganaron nuevos adeptos, aunque todavía no se atrevieran a alzar demasiado la voz.

Algunos periódicos como «El Noticiero Sevillano», se preguntaban si no habría llegado ya el momento de pedir la paz a los Estados Unidos, señalando que si «el público, los estadistas y el gobierno estuvieran de acuerdo respecto de que no tenemos medios para vencer, ¿qué significaría el empeño de la guerra y qué fin tendría sostenerla y qué provechos con ella lograríamos? ¿No se unirá a la pérdida de Cuba la de otros intereses?».⁴⁶

De hecho el gobierno, consciente de la inevitable derrota, buscaba secretamente la paz. Pero lo cierto es que esa paz no interesaba aún al primer mandatario estadounidense. Ya no sólo aspiraba a anexionarse la isla de Cuba, sino también Puerto Rico y las Filipinas. La victoria tenía que ser por lo tanto total para poder imponer sus condiciones a España cuando se firmara la paz.

Frente a la posición pacifista, «El Porvenir» recogía dos artículos del director de la Escuela de Medicina de Sevilla, en los que éste, pese a ser consciente de que las Filipinas estaban casi perdidas y de que Cuba y Puerto Rico no podrían resistir indefinidamente, consideraba imposible la paz. Esa paz, sin ninguna victoria importante por parte de España, sería, a su juicio, una muestra más de la debilidad del gobierno de Madrid, que incitaría a otras potencias

45 «El Noticiero Sevillano», 3 de mayo de 1898.

46 *Ibíd.*, 9 de mayo de 1898.

a aprovecharse de ella. Para el autor de estos artículos la guerra era, en aquellos momentos, el mal menor. Creía necesaria la resistencia a toda costa para poner «el satau quo ante bellum», y evitar así los propósitos norteamericanos de apoderarse de todos los territorios españoles en Ultramar.⁴⁷

Por su parte, «El Baluarte» incitaba al pueblo a hacer algo frente a la actuación del gobierno, que pretendía llegar a lo que este diario consideraba una paz vergonzosa, cediendo a las «absurdas» pretensiones de los norteamericanos sobre el abandono de Cuba, e incluso sobre la exigencia a España de una indemnización de guerra.⁴⁸ Oficialmente, la prensa sevillana no tenía noticias de las exigencias de los Estados Unidos para llegar al cese de las hostilidades. El gobierno español llevaba en el más absoluto secreto sus desesperados intentos de poner fin a la guerra. Pero los rumores eran muchos y se propagaban rápidamente. Los distintos periódicos se hicieron eco muy pronto de dos artículos sin firma que se publicaron en Londres, en el «Times» y en el «Harald», cuya autoría se atribuyó en círculos diplomáticos al embajador de los Estados Unidos en Inglaterra. En ellos se afirmaba, que el gabinete norteamericano podía estar dispuesto en aquellos momentos a oír las proposiciones de paz que se le hicieran. Pero que si la guerra se prolongaba, las condiciones que exigiría serían mucho más duras. Según el articulista, las hostilidades podrían suspenderse inmediatamente, si España abandonaba Cuba y Puerto Rico y aceptaba la implantación de un doble protectorado sobre las Filipinas. Pero si los Estados Unidos hacían una propuesta en este sentido y España la rechazaba, terminaría por perderlo todo.⁴⁹

Estas exigencias resultaban inadmisibles para la prensa sevillana en general, que tenía muy en cuenta que si bien era cierto que la escuadra española de las Filipinas había desaparecido, también lo era que los norteamericanos no habían logrado entrar en Manila casi dos meses después de su triunfo naval allí, ni habían obtenido victoria alguna en las Antillas.

47 «El Porvenir», 16 y 26 de junio de 1898.

48 «El Baluarte», 25 de junio y 16 de julio de 1898.

49 Extracto de dos artículos de el «Times» y el «Harald» de Londres, recogidos por «El Porvenir» el 27 de junio de 1898.

Para la mayor parte de los periódicos la guerra todavía no estaba perdida, a pesar de que hubiera ciertas voces, y cada vez más, que afirmaban lo contrario. Durante todo el mes de junio, en el que no hubo prácticamente cambio alguno en el desarrollo de la contienda, los diarios sevillanos hacían constantes referencias a las supuestas victorias de los españoles, que rechazaban los intentos norteamericanos de entrar en Santiago de Cuba y en Puerto Rico, cuando lo cierto era que ni en uno ni en otro lugar habían intentado aún un asalto definitivo.

Don Emilio Castelar señalaba por ejemplo en «El Porvenir», que aparte de la victoria de Cavite, «imputable más a nuestro descuido que a su acierto», los Estados Unidos no habían obtenido ningún triunfo. Afirmaba que la organización de las milicias norteamericanas resultaba cada vez más difícil por los conflictos raciales existentes en ellas, e incluso a causa de las disputas entre los distintos estados de la Unión. Y que, por tanto, los Estados Unidos carecían de «las fuerzas terrestres y marítimas necesarias» para sus grandes proyectos de ocupar Puerto Rico, Cuba y las Filipinas. Terminaba indicando el veterano político, no sabemos por supuesto si cayendo en un optimismo exagerado inconscientemente o llevado por el afán de animar al pueblo en la lucha, que, además, la escuadra del almirante Cervera, que había partido de Cabo Verde a Cuba para romper el bloqueo, se estaba riendo claramente de la flota norteamericana del almirante Sampson que tenía la orden de buscarla y hacerle frente, sin que fuera capaz siquiera de imaginar dónde estaba aquella.⁵⁰

El menor indicio de una noticia favorable a España, como el presunto hundimiento de un barco norteamericano en aguas de Santiago o el bombardeo de Puerto Rico, que fue sólo eso, y no un fracasado intento de desembarco como los periódicos pretendían hacer creer, era celebrado por la prensa como una gran victoria de los héroes españoles sobre los mercenarios yanquis. Cualquier rumor era bueno para hablar de supuestos triunfos nacionales, y se señalaba repetidamente en las páginas de los diarios que, aunque

50 «El Porvenir», 6 de julio de 1898.

los Estados Unidos tuvieran más medios bélicos, los españoles tenían de su parte la razón y el heroísmo capaz de hacer frente y vencer al ejército más fuerte.⁵¹

Para apoyar sus afirmaciones en este sentido, los periódicos sevillanos recurrían incluso a las opiniones de la prensa extranjera, y concretamente de la británica, cuyo gobierno se suponía que sostenía las aspiraciones norteamericanas, al menos cuando aquellas opiniones podían ser utilizadas a favor de sus teorías. Recogían así un extenso artículo del «Standard», en el que se ponía en tela de juicio la posibilidad de que los norteamericanos, como habían afirmado, trasladaran a Cuba en aquellos momentos 27.000 soldados con municiones y provisiones suficientes para realizar el gran y definitivo desembarco, ya que esto era físicamente imposible contando sólo con 27 transportes, que eran los que parecía que estaban preparando. Y continuaba señalando este artículo que, incluso en el caso de que fuera posible, el desembarco en un terreno tan difícil como lo era el cubano resultaría muy peligroso. A causa de ello, y según el articulista británico utilizado por la prensa sevillana, los norteamericanos tardarían en conquistar Santiago mucho más tiempo «del que concede a la arriesgada empresa el público de Nueva York».

También recogía por esos mismos días la prensa sevillana un artículo de otro periódico británico, el «Globe», en el que se afirmaba que pese a sus amenazas, y a estar «provisto de una escuadra de cruceros que no cede a ninguno en velocidad», el almirante Sampson parecía haber fracasado en sus propósitos, al ser incapaz de encontrar a la flota española de Cervera. Y señalaba así mismo, que en el caso de que fueran ciertos los rumores que corrían sobre que la escuadra de Cervera se encontraba en la bahía de Santiago, también era cierto que bajo ningún concepto esto equivalía a que se hubiera metido en una ratonera como afirmaban algunos analistas. A juicio del columnista de este periódico, la escuadra española tenía tres destroyers que saliendo de la bahía

⁵¹ Vid al respecto «El Noticiero Sevillano» de 4 y 30 de junio de 1898, y «El Porvenir», 8 y 17 del mismo mes y año.

en una noche sin luna, podían ocasionar «un terrible pánico en la escuadra bloqueadora».⁵²

Sólo un diario sevillano, probablemente el que contaba con un número más reducido de lectores, «El Baluarte», habló, sobre todo después de la derrota de Cavite, de la imposibilidad de ganar la contienda. Pero es lógico pensar que un periódico de reducida tirada como éste debía ejercer poca influencia sobre la opinión pública, cuando la mayor parte de la prensa se expresaba entonces de manera radicalmente diferente y, además, ofrecía a sus lectores lo que éstos preferían creer.

Quizás por todo ello, cuando llegó la derrota la impresión fue mucho más dura. Al recibirse las primeras noticias sobre la destrucción de la escuadra de Cervera parecía como si el público, que se agrupaba ante las redacciones de los periódicos inquiriendo novedades, no pudiera creerlo. Mucha gente permaneció en las calles la madrugada del seis de julio, en espera de noticias que desmintieran los rumores que habían comenzado a correr por las principales ciudades andaluzas. Cuando hacia las tres de la madrugada se fueron confirmando las primeras impresiones sobre el desastre naval, el público comenzó a retirarse en silencio. «Y es seguro que Sevilla entera se acostó anoche deseosa de que al despertar, la más rotunda negativa oficial echara por tierra tanta tristeza». Pero la negativa no llegó. Por el contrario, los telegramas que se recibieron a lo largo del día confirmaban la pérdida de la flota y el pesimismo cundió, iniciándose rápidamente entre la población las discusiones sobre a quién correspondería la responsabilidad de aquella pérdida, y acerca de la necesidad de llegar a una paz inmediata.⁵³

Ya en los días inmediatamente anteriores a la derrota de Cervera, habían comenzado a lanzarse serias acusaciones contra la prensa por parte de algunos políticos, e incluso de algunos periódicos que no cayeron en el optimismo general, por haber engañado al pueblo ocultándole el verdadero potencial bélico de los Estados Unidos. Según estas acusaciones, la mayoría de los diarios nacio-

⁵² Extracto de dos artículos del «Standard» y el «Globe», recogidos por «El Porvenir» el 19 y el 24 de junio de 1898.

⁵³ «El Noticiero Sevillano» y «El Porvenir» de 6 de julio de 1898.

nales, y por supuesto los sevillanos, había disfrazado la verdad. Y el público se había dejado seducir ingenuamente por sus apreciaciones triunfalistas, totalmente irreales, pidiendo una guerra que el país no estaba en condiciones de afrontar.

A estas acusaciones respondía «El Porvenir», que si bien era cierto que la prensa española, y antes la extranjera, había hablado sobre la falta de técnica de las tripulaciones norteamericanas para batirse con «nuestro bravo ejército», el menosprecio al enemigo no había surgido entre la población por la lectura de los periódicos, sino «del despecho, del sentimiento de la ofensa». Y afirmaba además, que si la prensa engañó al pueblo no lo hizo de mala fe, sino por haber sido a su vez engañada con anterioridad por el gobierno, que había hecho creer a ésta en la existencia de unos recursos bélicos inexistentes. Por su parte «El Noticiero Sevillano» respondía a aquellas acusaciones, que era el pueblo el que había pedido la guerra y no la prensa; y que cuando esa misma guerra «que se solicitó a gritos en tumultuosas manifestaciones» resultaba adversa, se pretendía hacer recaer la culpa sobre la prensa, cuando, a su juicio, todo el país, en mayor o menor grado, era responsable.⁵⁴

Pero independientemente de que la prensa hubiera sido engañada o no por el gobierno, lo cierto es que con su actitud extraordinariamente triunfalista, infundió en gran parte de la población la esperanza de una victoria a todas luces imposible, por lo que la impresión causada por el desastre fue mucho mayor que si hubiera existido una cierta preparación para la derrota.

De todas formas, el tono de los artículos de los periódicos cambió radicalmente de signo a raíz de la pérdida de la segunda escuadra. Todavía no habían tomado los norteamericanos Santiago de Cuba, cuando ya los diarios sevillanos se hacían eco del temor popular a un posible desembarco estadounidense en las propias costas españolas, exigiendo al gobierno la mejora en sus defensas. «El Porvenir» hablaba incluso de la posibilidad de que la escuadra norteamericana remontara el Guadalquivir hasta Sevilla. Y afirmaba

⁵⁴ «El Porvenir», 5 de julio de 1898, y «El Noticiero Sevillano», 8 del mismo mes y año.

también, que en la población de Chipiona la inquietud era general por el temor a la llegada de la escuadra del almirante Watson a aquellas aguas, hasta el punto de que desde el día trece de junio no se encendía el faro.⁵⁵

Con todo ello no hacían sino dar la razón al «Baluarte», el único diario sevillano que como ya se ha dicho se atrevió a hablar de derrota, y que tras la amenaza del gobierno norteamericano de enviar una flota a la península, señalaba en sus páginas que «ante estas amenazas ya nadie se reía como cuando dijeron que iban a Manila o a embotellar la escuadra de Cervera», porque «hoy nos encontramos con que los yankis han realizado su plan» mientras los españoles no lograban una sola victoria.⁵⁶

«El Progreso», el portavoz del partido liberal, venía hablando también con anterioridad sobre la conveniencia de llegar a la paz. Pero lo hacía de forma radicalmente diferente a la que utilizaba su rival político, «El Baluarte». El gobierno liberal era consciente de su impotencia ante el enemigo y, a través de sus periódicos, intentaba que la idea de la paz fuera ganando adeptos entre la población. En este sentido, aunque oficialmente no se reconociera lo inevitable de la derrota, afirmaba que cuanto más durase la guerra «más desventajosa sería la paz», si no se improvisaban los medios que se necesitaban para una victoria.⁵⁷

Y a raíz de la derrota de Cervera, en la prensa española en general, y en la sevillana en particular, podían observarse ya tres criterios diferentes. Por una parte, el que consideraba preciso continuar la guerra porque en Cuba había aún 150.000 soldados españoles, de los que sólo unos dos mil habían entrado en combate en Santiago. Por otra, el que se mostraba partidario de llegar a la paz con la mediación de las potencias europeas. Por último, el tercer punto de vista consideraba que lo más efectivo era buscar la paz inmediatamente, entendiéndose directamente, y cuanto antes, con el presidente norteamericano. Frente a los pocos belicistas o a los

55 «El Porvenir», 14 y 21 de julio de 1898.

56 «El Baluarte», 30 de junio de 1898.

57 «El Progreso», 3 de julio de 1898.

tibios que aún quedaban, que afirmaban que pese al triunfo naval de los norteamericanos el desembarco en las cercanías de Santiago había resultado un fracaso, y que lo único que los Estados Unidos pretendían con sus amenazas de desembarcar en los puertos andaluces era que España se precipitara a pedir la paz, «librando acaso al ejército yanqui de un nuevo golpe», se alzaba una mayoría de voces sensatas en sentido contrario.

«El Progreso» por ejemplo señalaba que, una vez perdida la escuadra, resultaba imposible no ya ganar, sino incluso mantener la guerra. España no podía realizar ningún tipo de ofensiva ni abastecer a Cuba sin la escuadra. Y ante esta evidencia, en la opinión pública surgía una corriente «cada momento más pronunciada en favor de la paz». Afirmaba además este periódico, que las clases populares eran las que más habían sufrido con aquella guerra, y que no se podía exigir al pueblo mayores sacrificios de los que ya había realizado, porque «el honor de la nación, como el del individuo, consiste en batirse con bravura cuando es necesario, pero no en abrirse una sangría suelta». En esos mismos días, «El Porvenir» publicaba un artículo, firmado por Felipe Trigo y titulado *El honor nacional*, en el que bajo la forma de una conversación entre el periodista y un viejo médico de pueblo, expresaba opiniones similares a las de «El Progreso». Contra el argumento de que había que seguir la guerra a toda costa para salvar el honor nacional ante las agresiones norteamericanas presentado por el viejo médico, respondía el periodista que no se podía enviar al pueblo, a los soldados, a una matanza segura con el único fin de salvar ese «honor». Y terminaba señalando para apoyar sus afirmaciones, que ya no se trataba de morir por la patria, sino de «vivir para la patria» olvidando ese significado caduco del honor vigente hasta entonces en España, que se basaba exclusivamente en la «bravuconería».⁵⁸

En definitiva, en aquellos momentos, tras la pérdida de la escuadra de Cervera en Santiago, para la mayor parte de la opinión

⁵⁸ *Ibidem*, 13 y 14 de julio de 1898 y «El Porvenir», 11 y 12 del mismo mes y año.

pública sevillana lo más positivo era pensar ya en «salvar los restos», como titulaba «El Noticiero Sevillano» uno de sus editoriales, y olvidarse de la hipotética gloria con que se soñaba poco antes.⁵⁹

III. La paz

No obstante, la paz que la mayor parte del pueblo español deseaba ya, a juzgar por la lectura de los periódicos de esos días, se haría esperar aún casi un mes. Una vez conocido el desastroso final de la escuadra de Cervera, el gobierno de Madrid intentó comenzar las negociaciones para el cese de las hostilidades, aunque lo hiciera de forma extraoficial y en el más absoluto secreto. Pero las exigencias de los norteamericanos le parecían excesivas, y temía mostrar ante la opinión pública su impotencia para rechazar esas exigencias que, por otra parte, pensaba en principio que podrían ser rebajadas.

Por otro lado, lo cierto es que a los Estados Unidos no les interesaba todavía el fin de la contienda, porque aún no habían logrado sus objetivos. Buscaban la derrota total e incontestable de España, para sentarse a la mesa de negociaciones con todas las cartas en su poder. Como afirmaban algunos analistas, a pesar de no haber logrado victoria alguna sobre los Estados Unidos, España no había perdido ninguna de sus posesiones ultramarinas y mantenía un ejército poderoso en Cuba. En esas condiciones, y pese a las derrotas navales de Cavite y de Santiago de Cuba, podía sentarse a discutir las condiciones de paz, si no con muchas, sí con ciertas garantías. Pero pasados tres o cuatro meses, sin recursos militares suficientes y sin posibilidad de obtenerlos por la penuria de la hacienda pública, la situación, a juicio de la mayor parte de los comentaristas, sería radicalmente diferente. España se vería entonces «forzada a sucumbir a todas las exigencias de los Estados Unidos», porque el tiempo jugaba claramente a favor de éstos.⁶⁰

⁵⁹ «El Noticiero Sevillano», 11 y 17 de julio de 1898.

⁶⁰ Artículo del director de «L'Economiste», publicado por «El Porvenir» el 19 de julio de 1898.

El presidente norteamericano era consciente de ello, y por lo tanto de su fuerza, y haciendo caso omiso de las tentativas del gobierno español para llegar al cese de la lucha, prosiguió el ataque a Santiago de Cuba. La plaza se rindió oficialmente el 17 de julio y, con ello, las voces que pedían en la península una paz inmediata no hicieron sino incrementarse.

El gobierno de Madrid reconoció entonces públicamente que hacía tiempo que intentaba negociar la paz, pero que las autoridades estadounidenses escuchaban sus proposiciones con la más absoluta indiferencia. Como muy certeramente apuntaba un comentarista político sevillano, los Estados Unidos no tenían motivo alguno para actuar precipitadamente en este asunto. Sus miras no estaban puestas sólo en Cuba como en principio pensaban los españoles, sino también en Puerto Rico y en las Filipinas. Y antes de llegar a la paz tenían que asegurarse su dominio.⁶¹

E incluso cuando ya oficialmente el embajador francés en Washington, que actuó como mediador, entregó a McKinley el mensaje de paz del gabinete de Madrid, la respuesta norteamericana se hizo esperar. Había que poner «la planta en Puerto Rico y alargar las horas, y' a harto largas, de Manila, para que, hambrienta, se entregara al vencedor recién llegado», con el fin de «cubrir el robo con cierto barniz de mentida legitimidad». Ese, y no otro, era por supuesto el secreto de la parsimonia con que los norteamericanos se tomaban las negociaciones. Y los comentaristas españoles no tardaron en darse cuenta de ello.⁶²

Y cuando, por fin, los Estados Unidos se dignaron dar una respuesta a la nota española, lo hicieron en unos términos que a la mayor parte del país parecieron inadmisibles. Pedían el abandono inmediato de Cuba y Puerto Rico, el pago por parte de España de la deuda externa cubana, y la ocupación de Manila por los norteamericanos. Estas demandas fueron consideradas por todos los periódicos sevillanos y por la opinión pública, como un verdadero disparate «contrario a todo fundamento de justicia y derecho».

61 «El Porvenir», 28 de julio de 1898.

62 *Ibíd.*, 31 de julio de 1898.

La exigencia a España del pago de la deuda externa cubana, la pretensión de anexionarse Puerto Rico y, sobre todo, el hecho de que para llegar a la suspensión de las hostilidades los vencedores reclamaran la inmediata aceptación de todas las cláusulas que querían establecer en el tratado definitivo, reclamando incluso territorios que no habían sido ocupados por «los ejércitos invasores», eran vistos con incredulidad por los diarios sevillanos.⁶³

Pero después de los primeros gestos de protesta, comprendieron que, efectivamente, por muy inusual y, en teoría, inadmisibles que esto fuera, la postura de los norteamericanos era inamovible. Eran por completo conscientes de que no había otro remedio que aceptar sus imposiciones, inclinarse ante la realidad de que el país no tenía medios para hacer frente por las armas a estas pretensiones, y guardar las protestas que no conducían a ninguna parte. Además, si el pueblo había pedido la paz, había que ir a ella con todas sus consecuencias.

«El Noticiero Sevillano», por ejemplo, consideraba la paz como una cuestión inaplazable, aunque esta paz significara la liquidación colonial, por falta de medios para obtener una victoria militar. «El Progreso» por su parte afirmaba, que una vez derrotada España, y por muchas protestas que se hicieran al respecto, no conseguiría mantener por vía diplomática lo que no podía sostener por las armas. El país en general aprobaba y «necesitaba» la paz. Y el «regatear ahora un puerto más o menos de las Filipinas», poniendo de nuevo en peligro esa paz, resultaría a su juicio insensato.⁶⁴

Del mismo parecer debió ser también el gobierno español, que después de intentar alguna mejora en las condiciones impuestas por los Estados Unidos para llegar al armisticio, y ante la inflexibilidad de aquéllos, se vio obligado a aceptar sus demandas para iniciar las conversaciones de paz.

Por fin, el doce de agosto el embajador francés en los Estados

63 «El Noticiero Sevillano», 4 de agosto de 1898 y «El Porvenir», 2 y 5 del mismo mes y año.

64 «El Noticiero Sevillano», 6 y 7 de agosto de 1898 y «El Progreso», 31 de julio y 13 de agosto del mismo año.

Unidos firmaba en Washington, en nombre de España, el protocolo en el que quedaban establecidos los preliminares para la paz, en los términos en que lo había exigido el presidente norteamericano. Se iniciaba con ello el armisticio; pero el precio pagado por España a cambio de esta suspensión de las hostilidades, como ya se suponía, fue muy alto. En virtud de esta firma España renunciaba a todos sus derechos de soberanía en Cuba, cedía a los Estados Unidos Puerto Rico y otras islas del Caribe, así como una isla en el archipiélago de las Ladrones, llevando a cabo inmediatamente la evacuación de todas las Antillas. En Filipinas, los Estados Unidos ocuparían Manila hasta que en el tratado definitivo de paz se resolviera el futuro del archipiélago. Por último, el protocolo establecía que ambos países nombrarían representantes, que debían reunirse en París antes del uno de octubre de aquel año para negociar el tratado, y que se suspenderían de inmediato las hostilidades.⁶⁵

El contenido de este protocolo levantó nuevos recelos entre la opinión pública española. La anexión de Cuba y Puerto Rico por los Estados Unidos era considerada como una tremenda injusticia y contraria al derecho internacional. Pero, en definitiva, era un hecho de fuerza irremediable. Sin embargo la cuestión de las Filipinas, aunque no se discutía en el protocolo sobre su soberanía, resultaba aún más problemática. Incluso para las potencias europeas, era un enigma hasta dónde podían llegar las exigencias norteamericanas en aquella parte del mundo cuando se discutiera el asunto en las conversaciones de París. La inquietud al respecto se vio acentuada además, porque la rendición de Manila se produjo con posterioridad a la firma del protocolo, a pesar de que el gobierno norteamericano afirmó que lo había comunicado enseguida al almirante Dewey y al jefe del ejército de tierra, Merrit, para que pusieran fin al asedio a la ciudad.

A «El Porvenir», por ejemplo, le parecía inconcebible que si el gobierno de los Estados Unidos había comunicado de inmediato la nueva situación a los jefes de su ejército en Oceanía, tal y como

⁶⁵ Foner, P. S.: *La guerra...*, tomo II, pág. 44 y «El Porvenir», 14 de agosto de 1898.

afirmaba, se hubiera podido llegar a la ocupación por parte norteamericana de la capital de la isla de Luzón. Sin acusar directamente a nadie, ni al gobierno norteamericano ni a sus oficiales en las Filipinas, se preguntaba sin embargo que «si el cable se halla, como se halla, en poder de Dewey, y el aparato funciona, que sí funciona, ¿qué nueva infausta complicación ha combinado la suerte» para llegar a la rendición de la ciudad? La respuesta, a su juicio, era clara. De no mediar aquella rendición la soberanía de España en el archipiélago no podía estar en discusión, a pesar de lo acordado en el protocolo. Pero la caída de Manila venía a cambiar el aspecto de la paz, al haber conseguido los Estados Unidos por las armas lo que pretendían obtener a través de las negociaciones partiendo de las bases establecidas en el protocolo, por lo que sus exigencias en la zona podrían ser mayores con la nueva situación.⁶⁶

Se llegó a rumorear incluso que Dewey, sabiendo por su gobierno que el protocolo había sido firmado, mantuvo en secreto la noticia para sacar el mejor resultado posible de la guerra, conociendo la desesperada situación en que se encontraba Manila. Y se decía también, que inmediatamente después de conocer el acuerdo envió varios buques de su escuadra a los principales puertos del archipiélago, para intimarlos a la rendición antes de que el armisticio fuera conocido por los españoles.

Y a pesar de las disculpas ofrecidas al respecto por Dewey y Merrit, que afirmaban desconocer la existencia del armisticio antes de la toma de Manila, la opinión pública se mantenía incrédula. Y lo hacía, sobre todo, porque pronto llegaron a su conocimiento los rumores recogidos en aquellos días por los propios periódicos norteamericanos, de que el presidente McKinley, contando con la importante baza de la rendición de Manila, exigiría en París la anexión de toda la isla. El gabinete de Madrid afirmaba que semejante rendición debía ser considerada nula, y así lo hizo saber al de los Estados Unidos. Pero de hecho, los norteamericanos permanecieron en la capital del archipiélago mientras sus ministros habla-

⁶⁶ «El Porvenir», 17, 18 y 20 de agosto de 1898.

ban públicamente sobre la indiscutible anexión de la isla de Luzón por parte de su país, y afirmaban que los Estados Unidos tendrían en el resto del archipiélago las mismas consideraciones que los españoles.⁶⁷

Lo cierto es que todo parecía responder a un plan preconcebido. Y el impacto que esto produjo en la opinión pública andaluza fue ya definitivo. Hubo por supuesto quien guardó la esperanza de que aún se mantendría la soberanía española sobre el archipiélago, basándose en el texto del artículo tercero del protocolo, donde sólo se hablaba de la ocupación temporal de Manila. Todavía optimistas, los que pensaban así proponían la cesión, venta o permuta de las Filipinas a los Estados Unidos, o a quien fuera, como único medio de obtener alguna compensación por la pérdida de las colonias antillanas. A juicio de este sector de la opinión pública, había que aclarar de una vez si se quería mantener las Filipinas o una parte de ellas, así como si se pretendía permanecer en las Visayas y en Mindanao con una rebelión en auge y una soberanía diezmada, o si, por el contrario, se prefería liquidar de una vez por todas las colonias que no se podían mantener bajo un dominio efectivo, logrando con ello algún beneficio económico. Una vez decidido definitivamente este punto, había que dar instrucciones precisas a los comisionados en París. Frente a los diplomáticos norteamericanos, perfectamente instruidos sobre lo que su gobierno quería, los españoles debían formar un bloque compacto, sin dudas ni vacilaciones sobre lo que el pueblo realmente deseaba y sobre lo que el gabinete de Madrid estaba dispuesto a consentir, luchando así por obtener las mayores ventajas posibles de la negociación.⁶⁸

Pero la opinión general era bastante más pesimista. «El Noticiero Sevillano» dejaba constancia en sus páginas de la mala fe con que actuaba al respecto el gobierno de los Estados Unidos, que a pesar del armisticio acababa de enviar a Manila tres nuevos buques con tropas de refuerzo. Y señalaba que, debido a esa mala fe, España iba a las reuniones de París «atada de pies y manos». «El

67 *Ibidem*, 18, 20 y 24 de agosto de 1898. Noticias y rumores recogidos en esos días por el periódico de la prensa extranjera.

68 *Ibidem*, editoriales de 21 y 30 de agosto y 29 de septiembre de 1898.

Baluarte» a su vez afirmaba, que las reuniones que se estaban celebrando para estudiar las instrucciones que debían darse a los comisionados españoles resultaban ridículas y absurdas. Llevaran éstos las órdenes que llevaran, nunca podrían oponerse a las pretensiones de los norteamericanos por excesivas que parecieran, y por muy injusto que resultara el despojo. A su juicio, las conversaciones de París serían sólo una farsa; no se trataba de una cuestión por resolver, ya que todo estaba decidido desde mucho antes por el presidente de los Estados Unidos.⁶⁹

Por último, el mismo «El Porvenir», que días antes patrocinaba la instrucción de los comisionados en el sentido de sacar las mayores ventajas económicas posibles del despojo, acabó también afirmando que ante la imposibilidad de continuar la lucha, había que pasar por todo lo que los norteamericanos quisieran, «si no de grado, por la fuerza», admitiendo incluso como probable la pérdida de las Filipinas. La sensación de impotencia era tal, que este periódico llegó a hablar de la conveniencia de que España abandonara todas sus colonias en Oceanía, aunque no le fuera exigido así por sus vencedores, ante la falta de medios efectivos para mantener sometidos a los indígenas. Y para los que pensaban así no había motivo para preocuparse por la marcha de las negociaciones, porque para ellos todo estaba decidido desde que se firmó el protocolo. Como escribía el citado diario, «desde ese día España no tiene otro recurso que resignarse, y contestar a toda exigencia con esta frase de cortesía: estoy a la disposición de usted... Si nos dejan algo más que la camisa, no será ciertamente por temor a la pobre España, ni por advertencias del emperador tal o cual, ni del gobierno zeta, sino porque así le convenga al señor de McKinley, hoy en disposición de tomar lo que se le antoje... Hoy no podemos regatear. Y, en último término, ¿para qué el regateo? ¿Para conservar jirones de colonias constantemente amenazadas por vecinos temibles, poco escrupulosos y ya experimentados en lo de provocar

⁶⁹ «El Noticiero Sevillano», 19 de septiembre de 1898 y «El Baluarte», 23 del mismo mes y año.

insurrecciones coloniales? Para esto más vale liquidar de una vez...». ⁷⁰

No obstante, y a pesar de ese sentimiento de impotencia que llevaba a la prensa a pedir la despreocupación por lo que sucediera en París, la indignación por las exigencias norteamericanas era general. Aunque existía la seguridad de que no se podía hacer nada, a medida que se iban conociendo las demandas norteamericanas, las protestas se hacían más airadas. Sólo por los títulos de los editoriales que aparecían en aquellos días en los periódicos sevillanos —*Sería el colmo, Las horcas caudinas* o *El despojo* por ejemplo—, podemos formarnos una idea de los sentimientos de la opinión pública al respecto. Y estos sentimientos eran, en cierto modo, contradictorios. Por una parte la opinión pública era consciente de la inutilidad de que los comisionados españoles se opusieran a las demandas norteamericanas en París, ya que «quien no tiene escuadras, ni dinero, ni estadistas, ni partidos, ni poderes públicos... no puede ni debe correr aventuras». Pero, al mismo tiempo, se asombraba ante la magnitud de las exigencias yanquis, T protestaba contra la reclamación por parte de los Estados Unidos de que España se hiciera cargo de la deuda externa cubana, y contra la política expansionista que iniciaba aquel país. Y protestaba, sobre todo, contra la exigencia concreta de que España abandonara el archipiélago filipino a cambio de una indemnización, que más que indemnización podría parecer «limosna», lo que vendría a añadir al robo el insulto. ⁷¹

Hubo por supuesto, aunque no entre la prensa sevillana, quien se mostró partidario de «arrojar hecho pedazos al rostro de Mc Kinley el afrentoso Protocolo», aprovechar «el movimiento de odio iniciado contra la absorción sajona» en el resto de América, y especialmente en México, y lanzar un ejército conjunto contra las costas norteamericanas. ⁷²

⁷⁰ «El Porvenir», 1, 4 y 12 de octubre de 1898.

⁷¹ «El Noticiero Sevillano», 19 de octubre y 4 de noviembre de 1898. «El Porvenir» y «El Baluarte» de 4 de noviembre del mismo año y «El Progreso», 6 de noviembre de 1898.

⁷² Artículo publicado por el diputado Vázquez de Mella en «El Correo Español», y recogido por «El Porvenir» el 15 de noviembre de 1898.

Pero la mayor parte del país sabía que esto no era posible. La opinión pública estaba además dispuesta a todo menos a volver a la guerra. Y para evitarla, consideraba necesario concluir las negociaciones cuanto antes, «por triste y doloroso que sea», porque lo único que lograban las dilaciones que se estaban produciendo en las conversaciones de paz era exasperar aún más los ánimos de la gente. Dado que los Estados Unidos no estaban dispuestos a modificar sus desorbitadas pretensiones por nada ni nadie, era absurdo continuar con aquella farsa. Lo que sucedería al final lo sabían todos. Sabían también que la única cuestión pendiente era si el despojo de las Filipinas tendría lugar simplemente en forma de una cesión por parte de España a los Estados Unidos, como la de Puerto Rico, o si tendría «España que sufrir con el dolor de la pérdida material, el bochorno por el ultraje de un repartimiento entre los poderosos, castigo de las naciones anémicas y envilecidas». Pero, fuere lo que fuere, todos deseaban que «venga de una vez el desenlace y acabemos».⁷³

No obstante, a pesar de la opinión de la mayor parte de la población española, deseosa de acabar con aquel asunto, e incluso de liquidar los restos del viejo imperio colonial, las conversaciones parecían demorarse indefinidamente.

A juicio de los periodistas sevillanos, los norteamericanos, que al iniciarse las negociaciones parecían tener bastante prisa por finalizarlas, comenzaron después a tomarse el asunto con bastante calma, poniendo objeciones absurdas a cada paso que pretendían dar los representantes de Madrid. Desvanecida en los Estados Unidos cualquier inquietud sobre una posible intervención de las potencias europeas en Oceanía, una vez conocida la opinión de aquéllas al respecto, y en especial la de Inglaterra, con cuyo apoyo sabía McKinley que podía contar, no tenían motivos para apresurarse. La víctima estaba «sujeta con buenos grilletes»; y cada día que pasaba, los intereses de la deuda cubana se acumulaban al capital «rindiendo nuevo interés».⁷⁴

⁷³ «El Noticiero Sevillano», 13 de noviembre de 1898 y «El Porvenir», 16 y 18 del mismo mes y año.

⁷⁴ «El Porvenir», 21 de noviembre de 1898.

En realidad, en esas negociaciones sólo quedaban dos cuestiones por resolver. La cesión de Cuba y Puerto Rico era ya inevitable desde la firma del protocolo. Restaban por tanto solamente las cuestiones de la deuda cubana y del futuro de las Filipinas. La delegación norteamericana afirmaba que el asunto de la deuda ni siquiera podía discutirse, al menos por lo que se refería al tiempo que durara la ocupación, y que la base tercera del protocolo de Washington concedía a los Estados Unidos el derecho a ocupar las Filipinas indefinidamente. Frente a esa postura, no servían de nada los razonamientos de los comisionados españoles sobre que lo que en realidad se había establecido en el citado protocolo, era sólo que en las conversaciones de paz se discutiría el futuro del archipiélago y que, mientras tanto, los Estados Unidos ocuparían «temporalmente» Manila. Los norteamericanos se negaban a negociar nada que no fuera el abandono de aquellas islas por parte de España. Contando además con que tenían ocupada militarmente la capital y única ciudad importante del archipiélago, y que no estaban tampoco dispuestos a someterse a un arbitraje internacional sobre quién tenía el derecho de soberanía en las Filipinas, estaba claro para todos que triunfaría «la fuerza bruta de los yankis».⁷⁵

La mayor parte de la población pensaba que si España no cedía las Filipinas por las buenas, las perdería de todos modos por la acción militar de los Estados Unidos, pero perdiendo al mismo tiempo la indemnización que en aquellos momentos se le ofrecía a cambio. Lo único que conseguiría demorando la firma del tratado tra perder lo único que hasta entonces se había logrado en las conversaciones, esa indemnización económica. Por tanto, urgía concluir el tratado y firmarlo cuanto antes, dejando los puntos de menor interés que no hubieran sido resueltos en la conferencia, para tratarlos después directamente entre ambos gobiernos. Otros, menos pendientes de la cuestión económica, opinaban que no había que discutir siquiera con los norteamericanos, sino asentir a todas sus propuestas sin más demora. Había que acceder incluso a pagar la deuda cubana, lo más pronto posible y «sin regatear ochavos,

75 «El Noticiero Sevillano», 21 y 24 de noviembre de 1898.

que no se deben regatear cuando pródigos de sangre 'y de dinero hemos perdido la flor de la juventud española, todas nuestras colonias, tres mil millones, y todo nuestro prestigio». Por último, otros pensaban que aunque se perdiera esa posible indemnización por las Filipinas y hubiera que pagar toda la deuda cubana, había que terminar ya con aquella mascarada y que los Estados Unidos se lo llevaran todo. Pero eso sí, «sin una firma humillante». Que los Estados Unidos hicieran su voluntad y que España se olvidara de sus antiguas colonias. Pero que el documento final no llevara la firma de los comisionados españoles, como único medio de protesta que quedaba al país, frente a la connivencia internacional ante el injusto despojo de que estaba siendo objeto.⁷⁶

En definitiva, con distintos matices, todos pedían lo mismo: la liquidación del problema colonial y de las disputas con los Estados Unidos.

Por fin, respondiendo a los deseos de la población española, el 10 de diciembre se llevó a cabo la última sesión de las conferencias de paz. Ese día, el presidente de la comisión española, Montero Ríos, comunicó a los norteamericanos que se preparara ya el documento y que él lo firmaría sin más discusiones. Puesto que en los días anteriores no se había prestado ninguna atención a sus proposiciones, era absurdo continuar con aquella representación. Pero, al mismo tiempo, les entregó una nota de protesta en la que se calificaba como un despojo las condiciones impuestas por los Estados Unidos, y se protestaba por la negativa de éstos a que se practicara una información imparcial sobre la voladura del «Maine», sobre todo cuando en Norteamérica se volvía a hablar de este asunto, a raíz de que el presidente McKinley afirmara en su mensaje anual a las Cámaras, que la explosión se debió a una mina exterior.⁷⁷

Esta protesta fue elogiada de manera unánime por la prensa española, que vio en ella el último intento de los representantes españoles por salvar «la dignidad nacional» que no había podido

⁷⁶ *Ibíd.*, 27 de noviembre de 1898. «El Porvenir», 21 del mismo mes y año, y «El Progreso», 26 de noviembre de 1898.

⁷⁷ «El Porvenir», 7 y 10 de diciembre de 1898.

mantenerse por la fuerza de las armas y que, por otra parte, y como ya he dicho, consideraba desde hacía tiempo que la única salida al problema era la firma inmediata del tratado, fuera lo que fuera lo que se firmara.

Terminadas de este modo las discusiones, al día siguiente se procedió a la firma del tratado definitivo. Por él, España renunciaba a la soberanía y la propiedad de las islas de Cuba, Puerto Rico, las pequeñas Antillas, las Filipinas y la de Wang, que serían ocupadas por los norteamericanos. Una de las dos cuestiones más espinosas de las tratadas en las conversaciones, la de la deuda cubana, se saldó a favor de España a pesar de todos los rumores que se propagaron antes de la firma al respecto. Por el primer artículo del documento se establecía que, mientras durara la ocupación norteamericana en Cuba, los Estados Unidos serían los responsables de las obligaciones internacionales del territorio. La otra en cambio resultó favorable a Norteamérica, que obtuvo el derecho a la ocupación de todo el archipiélago filipino a cambio de una indemnización de 20 millones de dólares, que recibiría España por las obras realizadas allí.⁷⁸

Sin embargo, y a pesar de la relativa satisfacción de los comisionados españoles, por el hecho de que los norteamericanos, cuando no se esperaba esto, se hicieran cargo de la deuda de Cuba y concedieran una indemnización por las Filipinas, el tratado, como es lógico, no gustó en la península. En realidad los Estados Unidos habían logrado todo lo que se habían propuesto: su expansión. Sus reclamaciones económicas sobre la deuda cubana probablemente eran sólo un pretexto para endurecer las negociaciones, de manera que al final pudieran hacer creer a los españoles que cedían algo en sus primitivas exigencias.

Pero aunque esto fuera así, lo cierto es que para la mayor parte de los españoles todo era preferible a continuar con aquella guerra, que diezmaba la población y los recursos económicos del país. La opinión pública aceptó el tratado de buen grado en cuanto

⁷⁸ Foner, P. S.: *La guerra...*, tomo II, pág. 91, y Rodríguez Martínez, J.: *Los desastres y la regeneración de España. Relatos e impresiones*. La Coruña, 1899. págs. 133-137.

que representaba el fin del problema, aunque resultara un final trágico para el antiguo imperio. La mayor parte de la prensa continuó durante bastante tiempo hablando del problema de la liquidación y pidiendo responsabilidades a los partidos políticos tradicionales por el desastre. Hubo incluso quien, como los republicanos, se sorprendió de que como consecuencia de ello no se produjera una revolución popular. Pero ya no trataban el problema de la guerra y su pérdida ni se dedicaban simplemente como antes a llamar ladrones y bandidos a los norteamericanos. A partir de entonces el objetivo a atacar por la prensa 'ya no serán los Estados Unidos, sino el gobierno español y la clase política en general, incapaz para la mayoría de los periódicos de lograr esa regeneración del país que todos deseaban tras el desastre colonial.

Y, al igual que los periódicos, también la población quiso olvidarse de la guerra con los Estados Unidos. No deja de ser curioso que pese a las numerosas canciones populares sobre la guerra de Cuba y de las Filipinas que han llegado hasta nuestros días, en ninguna de ellas se refleje el enfrentamiento hispano norteamericano que, en definitiva, fue lo que llevó al desenlace de la cuestión colonial.

Pero es que al pueblo llano le importaba menos la humillación nacional que hubiera podido sufrirse ante los Estados Unidos, que la sangría económica y humana que había representado para él la larga guerra colonial. Lo único que quería ese pueblo era que lo dejaran en paz. España ya había sido «vencida y ultrajada» por los Estados Unidos. El asunto no tenía solución alguna; no era cuestión de morir por un mal entendido orgullo, y sólo quedaba por tanto «abrir las Cortes para aprobar la paz» y continuar la vida normal, sin colonias y pobres, pero en paz.⁷⁹

IV. Conclusiones

En definitiva, la actitud de la prensa sevillana y de la opinión pública respecto a los Estados Unidos resultó un tanto visceral, y

⁷⁹ «El Noticiero Sevillano», 11 de diciembre de

experimentó una evolución clara desde los primeros momentos de su intervención en el conflicto colonial español hasta el final de la guerra.

Para todos los periódicos, y para la población en general, era evidente que desde el principio «el estado insurreccional de Cuba, latente o manifiesto, era alimentado por la República Norteamericana». Que «el cuartel general de la rebeldía siempre estuvo en Nueva York hasta que con todo descaro se trasladó a Casa Blanca», y que «con toda regularidad y con arreglo a programa público, salían de los puertos de la Florida las expediciones filibusteras, convoyadas no pocas veces por los buques federales». ⁸⁰

A pesar de ello, no todos consideraron en serio la posibilidad de que los Estados Unidos se enfrentaran a España en una guerra. Pensaban que Norteamérica pretendía la anexión de Cuba, pero que para lograrla esperarían a que fueran los propios cubanos los que arrojaran a España de allí, aunque por supuesto con su ayuda, para llegar después ellos al territorio como aliados. En ningún momento se dieron cuenta de que si la sublevación cubana se había iniciado a comienzos de 1895, algo antes de lo que los independentistas cubanos se habían propuesto en un principio, fue precisamente para adelantarse a la corriente anexionista y a la intervención norteamericana; y de que las relaciones entre los caudillos isleños y el gobierno norteamericano nunca fueron demasiado cordiales, a pesar del apoyo material que éste les proporcionó.

En cierto modo, incluso cuando la guerra parecía ya inevitable, no comprendían cómo un país podía intervenir por las armas en lo que ellos consideraban los asuntos internos de otro, en contra de todas las normas internacionales. Según ellos, España tenía legalmente el derecho de soberanía sobre Cuba; los problemas que tuviera allí eran asunto exclusivamente suyo. Y no entendían cómo alguien que no fueran los propios cubanos podía cuestionarle ese derecho, ni tampoco que las potencias europeas decidieran per-

80 «El Porvenir», 27 de agosto de 1898.

manecer al margen del conflicto cuando, a su juicio, lo que se estaba vulnerando era en realidad el derecho internacional.

De esa incomprensión surgieron los duros ataques que la prensa española lanzó contra los norteamericanos, acusándolos constantemente de viles y cobardes. Y de ahí, llevados por ese sentimiento de afrenta, surgió también el odio y desprecio al enemigo. Un pueblo capaz de cometer la «villanía» de atacar a otro que no sólo no había hecho nada contra él, sino que incluso en otro tiempo había apoyado su independencia, era un pueblo indigno, sin principios. Y, por lo tanto, era también incapaz de ganar una guerra contra otro pueblo heroico y noble, el español, que tenía la razón de su parte aunque sus medios militares fueran inferiores. Las alabanzas al ejército español y los ataques e insultos al norteamericano fueron tales, que al sobrevenir la derrota se llegó a decir repetidamente que gran parte de la culpa del desastre la había tenido la prensa, que con sus soflamas patrioterías había hecho creer al pueblo en una posible victoria contra los norteamericanos para lanzarlo a la guerra.

Y, efectivamente, es cierto que los periódicos, aun siendo en su mayor parte contrarios a la guerra antes de producirse el enfrentamiento, e incluso una vez iniciado, menospreciaron continuamente en sus páginas el poder militar de los Estados Unidos. Pero, como muy bien afirmaban ellos, «el menosprecio del enemigo no es obra sugestiva de los periódicos... Es fruto espontáneo de la pasión, nace de la antipatía, del despecho, del sentimiento de la ofensa, del odio». La prensa sólo había ofrecido a la opinión pública lo que ésta quería oír.⁸¹

Y cuando la decepción comenzó a llegar, cuando llegó a ser evidente para todos los periódicos que era prácticamente imposible que España ganara la guerra, los ataques a los norteamericanos desde sus páginas cambiaron de signo. Pero continuaron. Ya no se trataba de un ejército de mercenarios que nunca podrían obtener

⁸¹ *Ibíd.*, 5 de julio de 1898.

la victoria, sino de un pueblo detestable que buscaba exclusivamente con el enfrentamiento el engrandecimiento colonial, en clara contradicción con los principios que habían hecho nacer aquel país. Con ello, a juicio de los comentaristas políticos, «la república se convertirá en imperio» que estará en guerra perpetua, porque a la invasión de Cuba seguirían irremediabilmente otras. Y esas invasiones, «esos arranques y propósitos, a la corta o a la larga han de enrojecer las aguas del Atlántico y el Pacífico en guerras de extensión no soñadas nunca.⁸² Para la prensa, en su guerra contra España los Estados Unidos se habían desviado por completo de los altos principios de libertad y democracia que habían hecho surgir aquella nación, amenazando con ello no sólo a otros países, sino incluso a sus propios ciudadanos. Al intentar convertirse en dueños del mundo, como antaño había pretendido Roma, les ocurriría lo que a ésta, que «perdió la libertad y la república cayó en poder de monstruos como Nerón y Calígula».⁸³

El sentimiento antinorteamericano llegó a ser tan fuerte en la prensa a raíz de la impotencia que el país sentía frente a los designios de aquella nación, que celebraba con regocijo las tensiones entre los Estados Unidos y los indígenas cubanos y filipinos, que no tardaron en surgir, aunque supieran que por muchos problemas que tuvieran entre ellos España no tenía ya nada que hacer en aquellos lugares. Los periódicos sevillanos advertían a los cubanos que si habían salido del «cautiverio» a que los tenía sometidos España, había sido sólo «para caer en otro mayor, sin duda alguna, como su hermana Puerto Rico».⁸⁴ En resumen, y aunque las afirmaciones de la prensa sevillana —y de la española en general—, en el sentido de que la guerra hispano norteamericana era sólo el primer paso hacia una política expansionista de los Estados Unidos que llevaría al fin de la democracia en aquel país fueran un tanto exageradas, en cierto modo tenían razón. Como la historia ha de-

82 Artículo de 'don Emilio Castelar publicado en «El Porvenir» el 16 de julio de 1898, y editorial del mismo periódico de 25 del mismo mes y año.

83 Artículo de Pi y Margall publicado en «El Baluarte» de 23 de agosto de 1898.

84 «El Porvenir», editorial de 29 de agosto de 1898.

mostrado posteriormente, aquella guerra fue, efectivamente, el inicio de la política imperialista norteamericana en el resto de América y en gran parte del mundo, con el fin de lograr mercados para su elevada producción y para la adquisición de materias primas en condiciones favorables. Y esto, aunque no haya conducido al país a una tiranía como la romana, tal y como vaticinaban algunos periodistas y políticos españoles, no ha dejado de plantearle problemas al gobierno de turno no sólo frente a otros países, sino frente a la propia opinión pública norteamericana, especialmente cuando esa política fracasa, como de hecho ha ocurrido algunas veces, en algún rincón del mundo.

ROSARIO SEVILLA SOLER
Escuela de Estudios Hispano Americanos.
Sevilla